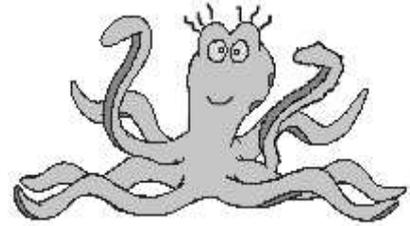


ESTELA DE TINTA

(por Chusa Lamarca)

Soy huérfano, como todos los pulpos. Sólo puede ver a madre pulpo dos veces. Murió a los dos días de nacer yo. Era muy guapa, de ojos bellísimos y tentáculos gráciles, pero se había quedado excesivamente delgada. Cuidarme a mí y al resto de los huevos la había dejado exhausta. Se negó a comer desde que nos puso, siempre atenta a que no rondara ningún depredador junto a la hilera de cápsulas transparentes en donde dormitábamos, muy pegaditos los unos a los otros, mis miles de hermanas y hermanos y yo. Todos los días se afanaba en limpiarnos puliendo delicadamente nuestras cáscaras con sus fuertes, pero delicadas ventosas. A veces me estremecía de placer cuando una lluvia suave y sosegada golpeaba acompasadamente mi tierna cascarilla. Era que mamá pulpo nos vaporizaba con su sifón al ritmo de las olas.



Nada más romper el cascarón una corriente cálida me depositó sobre la arena. Miré a mi alrededor. A mi izquierda brillaban las ardientes flamas del coral rojo, el amarillo vivísimo de las madréporas y los fuegos de artificio de las gorgonias. Se levantó de pronto una tempestad de escamas vegetales y chocaron dos espirales de oscilación concéntrica. La corriente marina me arrastraba y agité con miedo y, aún temblorosos, mis frágiles tentáculos. Pero no logré avanzar ni un solo paso y eso que había contado una y otra vez, todas y cada una de mis patas ¡nada menos que ocho! Probé a darme impulso aspirando agua con la cavidad del manto y expeliéndola luego a través de mi embudo. ¡Qué divertida esta nueva experiencia de propulsión a chorro!

Una imponente raya se contoneaba casi tocando el fondo. A su estela, temblaron suavemente los penachos de pluma de mar y se desprecizó un hormiguero de polvos de nácar. Un gladiador de látigo mortífero se disponía a defenderse de un pez globo. Miré hacia las negras oquedades de las rocas cercanas y vislumbré la transparencia de alabastro de las rocas calcáreas. Hacia allí me encaminé buscando un agujero donde ponerme a salvo. Parásitos de espuma iban a la deriva intentando encontrar un nuevo domicilio, más de tres veces tuve que decir: “Lo siento, está ocupado”. Los reflejos metálicos de las escamas de peces milenarios alumbraban mi cuarto.

Mis vecinos eran dos jóvenes pulpos algo mayores que yo. Se perseguían de forma intermitente dándose pequeños golpecitos el uno al otro. De pronto simulaban un ovillo de tentáculos que tardaban varios segundos en desenredar. Jugaban al escondite y cambiaban constantemente de color y textura, unas veces confundiéndose con el ocre marino de los arenales y otras con la negrura profunda y rugosa de los arrecifes. El que parecía más pequeño, pero más sagaz y vivaracho, se posó sobre la valva vacía de una almeja. Lentamente, con su tercer tentáculo, fue arrastrando la valva superior hasta que logró encerrarse y quedar oculto por completo. El amigo miraba sorprendido a todos lados, incapaz de adivinar de dónde diablos procedían las risitas de su compañero de juegos.

A los pocos meses yo ya había crecido y aprendido mucho. Me alimentaba de crustáceos y moluscos pequeños e incluso un día me atreví con un cangrejo enorme cuya carne me supo deliciosa. Movía de forma rápida la punta de un brazo y así atraía a las presas hasta que podía hundir mi pico sobre el alimento. También me dejaba llevar por la corriente y, deslizándome despacio para que no me oyera, me precipitaba sobre el animal antes de que cerrara su concha. Hundía mi pico en el interior de la valva o el caparazón y le inyectaba un veneno que le dejaba inconsciente o muerto. De este modo, mis presas no sufrían y además sólo comía cuando lo

necesitaba. Nunca maté por diversión o por impulsos y arrebatos violentos. A los seres del mar los que más nos gusta es la vida y odiamos la guerra y la violencia.

Poco a poco fui conociendo a mis vecinos. En las tardes de borrasca y remolinos, toda la muchachada pulpera nos congregábamos en torno a un viejo pulpo que nos encandilaba con sus fantásticas y turbadoras historias. El abuelo Pulpón, aun casi ciego –según él de haber visto tanta maravilla y tanto horror- me advirtió de los peligros de vivir bajo el agua. Los mayores enemigos de nuestra especie eran de dos suertes bien distintas, pero igualmente peligrosas: las anguilas morenas y los hombres. Con una diferencia, las primeras matan para comer, los hombres no se sacian nunca.

Una tarde salí a explorar el territorio. Las aguas estaban perfectamente nítidas y en calma y yo rezumaba mar por todos los poros de mi piel. Contento, hice dos piruetas bateando mis patas a los rayos del sol que me alumbraban.

De pronto, una negra y enorme silueta ensombreció el océano. En medio de un colosal estruendo puede oír, a lo lejos, como si fuera en sueños, la voz del abuelo Pulpón que me gritaba: ¡Huye, aléjate de ahí, contra esa tinta no puedes hacer nada!

Me propulsé y salí corriendo lo más rápido que pude, dejando en mi huída y, a causa del pánico, una nube de tinta. Braceé y nadé hasta que tuve fuerzas y cuando consideré que estaba a salvo, pude volver la vista. Una gran mancha negra y viscosa lo cubría todo. Jamás volví a ver al abuelo Pulpón ni a mis vecinos de las rocas. Mi hogar se convirtió de pronto en un lúgubre y mortal cementerio marino.

Más tarde me contaron que era un petrolero y que su tinta es mortal para todos los seres del océano.

Chusa Lamarca 